

DE PAVÍA A ROCROI

LOS TERCIOS ESPAÑOLES

Julio Albi de la Cuesta



DE PAVÍA A ROCROI

DESPERTA FERRO



EDICIONES

DE PAVÍA A ROCROI

LOS TERCIOS ESPAÑOLES

Julio Albi de la Cuesta

DESPERTA FERRO

EDICIONES



De Pavía a Rocroi
Albí de la Cuesta, Julio
De Pavía a Rocroi / Albí de la Cuesta, Julio
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2017. – 432 p., 8 p. de lám. :il.; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.ª ed.
D.L.: M-30379-2017
ISBN: 978-84-946499-6-7
94(460) 94(492) "15/16"
355.422-611
355.44 355.48
623.4

DE PAVÍA A ROCROI

Los tercios españoles

Julio Albí de la Cuesta

© de esta edición:

De Pavía a Rocroi

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-946499-6-7

D.L.: M-30379-2017

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón

Primera edición: diciembre 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2017 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

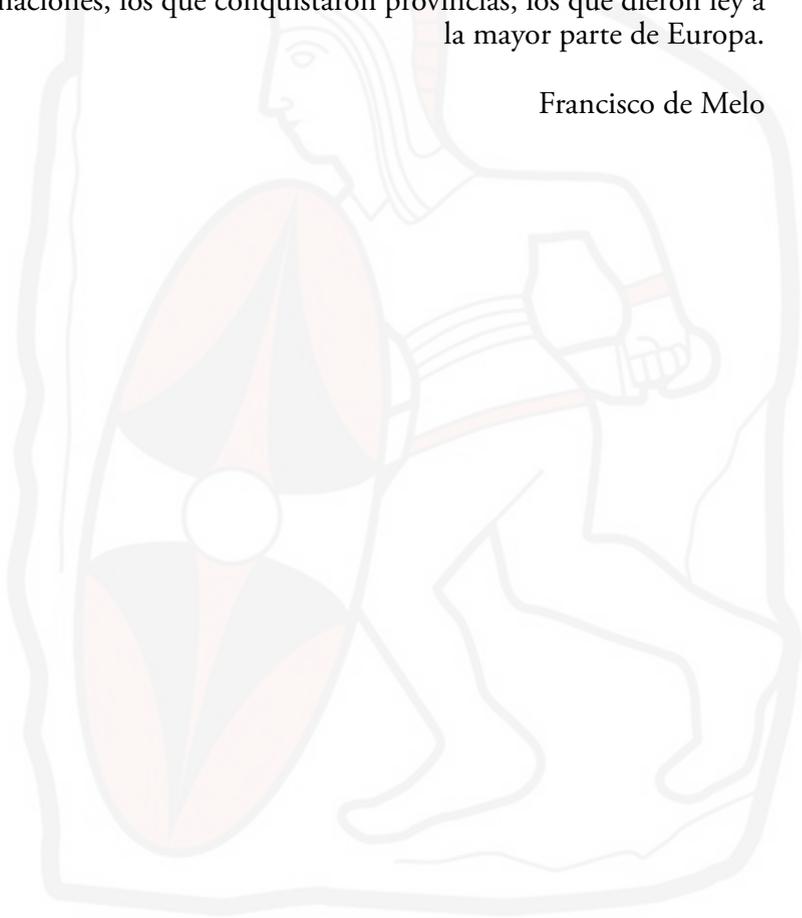
Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Estos son aquellos hombres que fueron tan famosos y temidos en el mundo, los que avasallaron príncipes, los que dominaron naciones, los que conquistaron provincias, los que dieron ley a la mayor parte de Europa.

Francisco de Melo

DESPERTA FERRO



EDICIONES

ÍNDICE

Prólogo de Enrique Martínez Ruiz	XXIII
Prefacio a esta edición	XXXV
Introducción a la primera edición	XXXVII
1 ORÍGENES, NACIMIENTO Y DISOLUCIÓN DE LOS TERCIOS	1
2 ORGÁNICA	33
3 ARMAMENTO Y TÁCTICA	75
4 VIDA Y REPUTACIÓN	111
5 DISCIPLINA	149
6 LOS TERCIOS EN FUEGO	185
7 EN LAS TRINCHERAS	231
8 LOS TERCIOS EMBARCADOS	285
9 LOS ÚLTIMOS TERCIOS	335
Epílogo	357
Apéndice I. Los tercios españoles en Flandes, 1567-1600	365
Apéndice II. Glosario	373
Bibliografía	377
Índice analítico	387

PREFACIO A ESTA EDICIÓN

No se rendían, y era menester matarlos.

Hace más años de los que quisiera recordar, Arturo Pérez-Reverte me sugirió que escribiera un libro sobre los tercios. Me gustó la idea, y así lo hice. En efecto, parecía que existía en esa materia un hueco por cubrir, porque durante decenios en España se venía hablando mucho de esas unidades, omnipresentes en soflamas huecas sembradas de «laureles inmarcesibles», pero se sabía poco, se leía menos y apenas se publicaba sobre ellas.

Si bien existían obras sobresalientes, como la imprescindible de Quatrefages y la muy notable de Parker –aunque esta se centraba en su análisis definitivo del Camino Español–, era muy escasa la producción nacional posterior al magnífico lienzo que de Rocroi pintó Cánovas. Destacaban, sin duda, los excelentes estudios de O'Donnell y Gracias Rivas, pero se circunscribía el primero a la fuerza de desembarco de la Gran Armada, y el segundo a la «invasión» de Aragón en 1591. Había, pues, espacio para intentar un tratamiento más general del tema, y es lo que procuré hacer.

Los tercios no merecían ese secular desconocimiento. En cierto modo, con sus virtudes y sus defectos, marcaron para siempre al Ejército español. A mediados del XIX, todavía los observadores extranjeros valoraban su rendimiento comparándolo con el de sus predecesores de tres siglos antes, y en el XX el mariscal Montgomery no escatimaba elogios al evocarlos.

Tradicionalmente, se ha elogiado de los tercios sus grandes victorias, la supremacía que llegaron a alcanzar y sus múltiples hazañas, y, sin embargo, hay en ellos un rasgo más característico y que, lo que es singular, pervivió a lo largo del tiempo y de las geografías. Se trata de su ceñudo rechazo a aceptar la derrota evidente, algo que Storrs ha

sabido percibir, haciéndolo extensivo, con motivo, a toda la Monarquía Hispánica.

Así, la cita que encabeza estas líneas la podía haber escrito Condé en 1643, pero pertenece al general independentista venezolano Páez, y alude a un combate en 1818. Refiriéndose a la infantería española, dice con admiración que «hasta solo cuatro formaban cuadro», y que se defendían «c... con c...». Idéntica tenacidad, desvanecida ya toda esperanza, mostraron los hombres del batallón de Burgos, en Maipú (Chile); los zambos, europeos y mestizos del batallón de Valençey, en Carabobo (Venezuela); los negros del batallón de Arequipa, en El Callao (Perú); «aquel montón de heridos y cadáveres que aún conservaba su bandera y que se llamaba el batallón de Ciudad Rodrigo», en Wad Ras (Marruecos); los tagalos del regimiento Joló en Tarlac (Filipinas), y los turutas del batallón de Constitución en El Caney (Cuba), ganándose el aplauso de sus enemigos norteamericanos. Todos ellos, sin saberlo, a miles de kilómetros y a cientos de años de distancia, repetían la gesta del tercio que fue de Alburquerque en Rocroi, obedeciendo de forma inconsciente a una herencia nunca olvidada. Quizá esa resistencia impávida frente a la adversidad sea el mejor legado de unas unidades para las que no se ponía el sol.

Dos palabras sobre el título. Lo escogí porque parecía sonoro, pero de la lectura de la obra claramente se desprende que Rocroi no fue Waterloo. Los tercios, tozudos, siguieron combatiendo durante muchos años tras aquella derrota. Todavía en Almansa, en 1707, los Morados Viejos, recién transformados en regimiento de Castilla por voluntad de Felipe V, dieron prueba de su valía. No hubo, por tanto, ningún súbito desplome, pero sí un largo decaimiento, cuyos inicios se pueden situar a mediados del siglo XVII.

Ahora, casi veinte años después, renace el libro, por voluntad de Javier Gómez, Alberto Pérez y Carlos de la Rocha, a los que agradezco su acto de fe. Desde que se publicó han aparecido muchos otros trabajos, buenos y malos, pero es de esperar que aún quede un hueco para estas páginas pergeñadas en Nueva Orleans, hace tanto tiempo.

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN

Importa para todo que aquí haya golpe de infantería española,
sin la cual no se puede tener ningún buen suceso.

Carta del archiduque Alberto a Felipe III, 23 de abril de 1602

Si, siguiendo a Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios, habría que considerar los tercios un instrumento esencial de la política de los Austrias. Cualquier potencia de primer orden, y España lo fue al menos desde el siglo XVI hasta bien entrado el XVII, necesita unidades militares que afirmen su voluntad de dominio, defiendan sus territorios, ganen otros nuevos y, en general, impongan la dura ley del más fuerte. Macedonia tuvo sus falanges. Roma, sus legiones. Y España, sus tercios.

Los tercios salvan Viena y Malta, derrotan irremisiblemente al turco en Lepanto, en Nördlingen acaban con el legendario ejército sueco, entran por la brecha en Budapest, guarnecen París, navegan en la empresa de Inglaterra, luchan en el Norte de África y defienden en Flandes una imposible concepción del mundo. Solo las Indias les son ajenas. La conquista es obra de aventureros iluminados. Su conservación únicamente ofrece menguados enemigos, que por su ralea no exigen el empleo de tropas selectas. Solo pisarán ultramar para operaciones tan concretas como breves.

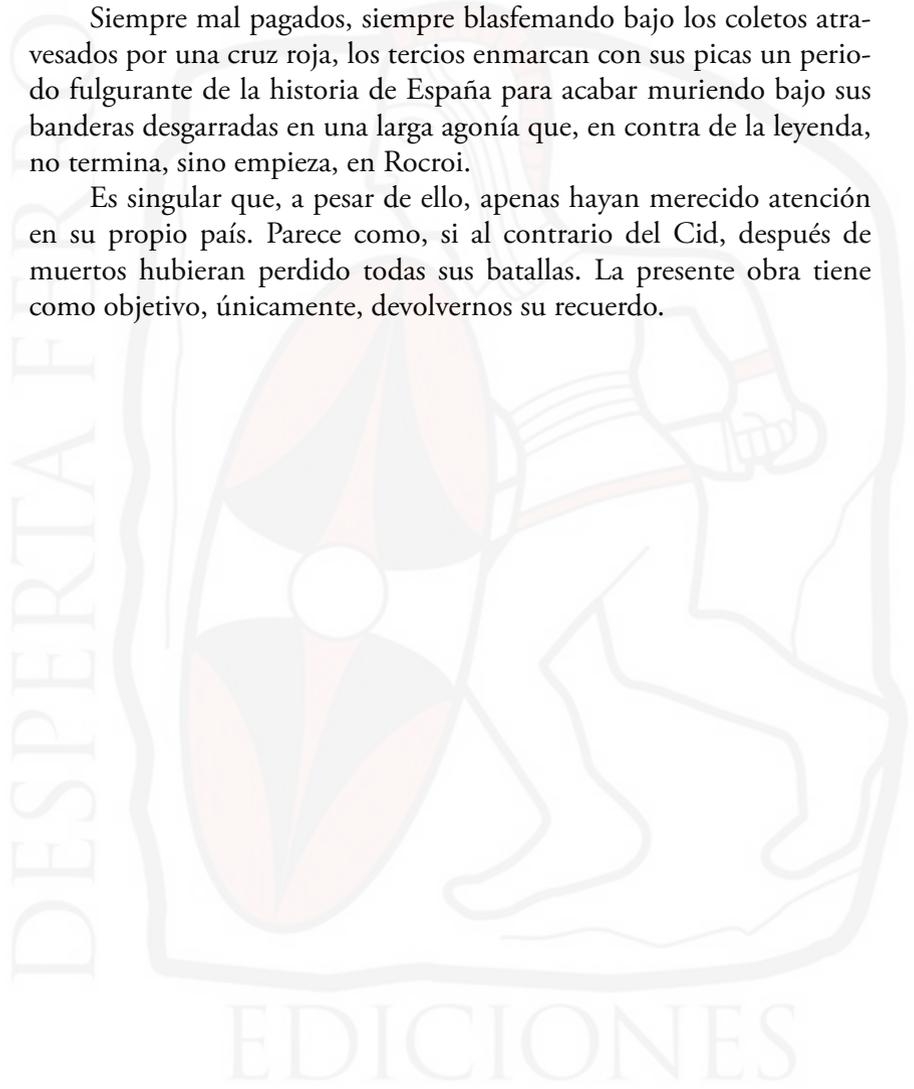
Porque los tercios fueron, de principio a fin, la verdadera última ratio de los reyes de España, sus dados de hierro que, arrojados sobre una mesa de negociaciones o un campo de batalla, bastaban para ganar la partida.

Se trataba de unidades de infantería, sólidas, duras, flexibles, maniobreras, que combinaban a la perfección los distintos tipos de armas disponibles y poseedoras de una casi religiosa fe en su propia valía.

En sus filas formaban desde grandes de España a Lazarillos de Tormes, desde capitanes surcados de cicatrices a mochileros adolescentes, componiendo un vasto patio de Monipodio presidido por un fanático sentido del honor, que les permitía sufrir todo, menos que les hablaran alto.

Siempre mal pagados, siempre blasfemando bajo los coletos atravesados por una cruz roja, los tercios enmarcan con sus picas un periodo fulgurante de la historia de España para acabar muriendo bajo sus banderas desgarradas en una larga agonía que, en contra de la leyenda, no termina, sino empieza, en Rocroi.

Es singular que, a pesar de ello, apenas hayan merecido atención en su propio país. Parece como, si al contrario del Cid, después de muertos hubieran perdido todas sus batallas. La presente obra tiene como objetivo, únicamente, devolvernos su recuerdo.



1

ORÍGENES, NACIMIENTO Y DISOLUCIÓN DE LOS TERCIOS

Las ciudades y los campos resonaban a cada paso con el eco de las cajas y todo llenaba el estruendo de los que hacían las levas.

F. Estrada

El origen de los tercios ha estado envuelto entre la leyenda y la tradición infundada, sin que —a pesar de la fama que alcanzaron— hasta hace poco existiera ningún estudio serio sobre el proceso que llevó a su formación. Afortunadamente, esta situación ha cambiado con la publicación, en 1996, del excelente trabajo de Quatrefages titulado *La Revolución Militar Moderna. El crisol español*.

Según este autor, y en contra de la visión más extendida que presenta al Gran Capitán como fundador de estas unidades, «la concepción y la creación del nuevo Ejército fue obra del gobierno de los Reyes Católicos», y se hizo desde España, no desde Italia.

Fueron ellos los que, en un primer momento, introdujeron el «modelo suizo», basado en el predominio de la infantería armada de largas picas. A su vez, eso fue posible porque en España, a diferencia de otros países, como Francia, existía desde hacía tiempo un peonaje muy desarrollado, debido a la peculiar estructura social y a la larga guerra de Reconquista. El primer contingente expedicionario que se manda a Italia en 1495 refleja esa posición privilegiada de los infantes, que aportan cinco mil hombres frente a solo seiscientas lanzas de caballería. Poco después, la ordenanza de 18 de enero de 1496 «sentaba las bases de la organización de esa administración militar que permitió a España crear, enviar y mantener ejércitos y armadas en los cuatro confines del mundo cristiano a lo largo de muchos decenios».

En torno a esas fechas, al constituirse el ejército del Rosellón, aparece la infantería dividida en tres partes: lanceros o piqueros; escudados, y ballesteros y espingarderos, lo que demuestra que «las innovaciones organizativas no fueron fruto de la experiencia de los cuerpos expedicionarios de Italia».

Para la campaña de 1496-97, los lanceros de a pie figuran ya dotados de picas de veinticuatro palmos. En 1500, se forma una segunda expedición para Italia, con tres mil cuarenta y dos infantes y únicamente seiscientos caballos. Los primeros, agrupados en compañías de distinta entidad. Los escudados, además, han desaparecido, mientras que los espingarderos suman una cuarta parte del total, indicándose así «una percepción extraordinariamente precoz de la importancia de las armas de fuego». Otro hito en la evolución sería la unión en las relaciones de fuerza de los lanceros con los ballesteros, reflejando una pérdida de la importancia de estos, a la que seguirá la transformación de unos y otros en piqueros. El elemento más moderno, los espingarderos, pasa en menos de diez años de constituir un simple subgrupo, mezclado con los ballesteros, hasta formar, junto a los piqueros, una de las dos especialidades de infantería.

El Gran Capitán obtendrá sus triunfos italianos cuando este proceso todavía no estaba completado. Le cabe, no obstante, el mérito de «la comprensión, antes que nadie, de la importancia de las armas de fuego portátiles individuales». En este campo, España se adelantó considerablemente a otras potencias. Como afirma Oman, con refrescante franqueza: «por causas que resulta imposible descubrir, los españoles adoptaron las armas de fuego mucho antes que los franceses, los ingleses o los italianos». En 1523, Francia seguía sin tener arcabuceros, y solo se introducirán al parecer como resultado de la amarga experiencia de Pavía, dos años después: «los españoles se han llevado la palma en el uso del arcabuz, cuyo arte y primeras lecciones nos han enseñado los franceses, ya que antes solo usábamos ballestas». En cuanto al mosquete, aparece a partir de 1573, con notable retraso sobre el caso español. En Inglaterra, el proceso sería aún más lento, debido a la resistencia a abandonar el arco, que tan eficaz había sido en el pasado y que no desaparecería totalmente hasta 1595; en 1544, solo el siete por ciento de su infantería tendría arcabuz, y hasta el final de la década de los ochenta no empezaría a contar con mosqueteros en sus fuerzas.

Salazar afirma que Fernández de Córdoba entrevió una infantería que se parecería mucho a los tercios: un «escuadrón» dividido en doce compañías de quinientos hombres. Dos de ellas, de piqueros en su totalidad; el resto, con doscientos de estos, otros tantos dotados de rodela y dardos y cien arcabuceros. El jefe de la unidad llevaría el nombre de coronel, y en cada compañía habría un capitán, «cinco centuriones a los que llamaría cabos de batalla», un alférez con su bandera, cincuenta cabos de escuadra, dos tambores y un pífano. Pero nada indica que esta idea se llevara a la práctica.



La batalla de Pavía, óleo sobre madera de Rupert Heller. Nationalmuseum, Estocolmo.

En opinión de Quatrefages «1504 fue verdaderamente el año crucial», cuando los Reyes Católicos deciden formar en España «la gente de ordenanza, es decir, la nueva infantería», articulada en compañías relativamente homogéneas, y no ya en contingentes provinciales de muy diversa entidad. La conquista de territorios en Italia y en el norte de África acelerará la transformación, al exigir guarniciones permanentes.

En 1507, con ocasión de una rebelión del conde de Lemos, se activan las mencionadas compañías. Cada uno de sus capitanes debía reunir sesenta y dos hombres, la tercera parte, arcabuceros; las otras dos, piqueros. Al año siguiente, para el ataque a Orán, los infantes –más de once mil, comparados con menos de setecientos lanzas montadas– están organizados en coronelías, que agrupan una cantidad variable de compañías. Surge así un escalón intermedio entre estas y el ejército. Cada capitán cuenta, también, con un teniente, un alférez, a veces un sargento, cabos y músicos. En 1510 se menciona, aunque con funciones desconocidas, al maestre de campo, que será el futuro jefe del tercio.

Cuando en 1529 se preparan fuerzas para acompañar a Carlos V a su coronación, los espingarderos han desaparecido totalmente, figurando en su lugar los arcabuceros y algunos escopeteros, que no tardarán en ser suprimidos; capitanes y alféreces aparecen con los sueldos que mantendrán durante años (cuarenta y quince escudos mensuales, respectivamente).

Clonard asegura, sin citar sus fuentes, que «en 1534 la infantería sufrió una nueva variación: creáronse los tercios, cada uno de los cuales se componía de tres coronelías y estas a su vez de cuatro compañías». Según este autor, se constituyen de esta manera los de Nápoles, Sicilia y Lombardía.

Pero el último paso documentado será la llamada Orden de Génova, de 1536, donde se acuña el término «tercio» para referirse a cada una de las tres agrupaciones de tropas entonces existentes, nombrándose expresamente a las de Nápoles y Sicilia; Lombardía y Málaga y mencionando, sin más detalles, que cada una debe contar con compañías de trescientos hombres. Parece, pues, que se está designando así a fracciones del ejército, más que a unidades orgánicas. Lo mismo sucederá durante las campañas de Alemania de 1546 y 1547, cuando se aplicará a otros tres contingentes, los de Hungría, Nápoles y Sicilia. Da la impresión, por tanto, que el concepto evolucionó con el tiempo, pasando de describir, literalmente, a la tercera parte de una fuerza, a referirse a un tipo específico de unidad.

En todo caso, en torno a esas fechas llegaba a su término una evolución que, partiendo de una infantería anormalmente numerosa, pero organizada y armada de una manera convencional, llevó a unidades permanentes, dotadas del más moderno armamento y con una estructura peculiar. Se había pasado de contingentes medievales, como tales de dispar composición y levantados para una campaña y luego disueltos, a estructuras homogéneas, con existencia propia, que no dependían de que hubiera o no guerra.

Su superioridad residía en la utilización de armas portátiles de fuego, especialmente el arcabuz, cuya eficacia quedó plenamente demostrada en Pavía y en Mühlberg, para citar dos ejemplos destacados.

Antes de describir las primeras de esas batallas hay que hacer alusión a la de Bicoca (27 de abril de 1522), combate en el que los arcabuceros españoles, que eventualmente constituirán la columna vertebral de los tercios, ganan sus espuelas. La facilidad del triunfo, que hizo que ese nombre se incorporara a la lengua castellana, no disminuye la importancia del resultado. Al contrario, la acrecienta, por la rapidez con que se deshizo un mito: el del piquero suizo.

Al menos desde el último cuarto del XV, aparece un tipo revolucionario de soldado, el piquero helvético, conocido también como

«esguízaro». Agrupado en gigantescos cuadros de gran profundidad y formados por miles de hombres, equipados con largas picas, pone fin a siglos de predominio de la caballería noble. La solidez de estas tropas, que durante cincuenta años nunca volvieron las espaldas, aunque fuesen ocasionalmente derrotadas, contribuyó a hacer de ellas las más temidas de Europa. España y Francia pagaron a precio de oro sus servicios.

En Bicoca, quince mil de ellos, al sueldo de este último país, divididos en dos enormes cuadros, avanzan imperturbables contra los imperiales. Estos cuentan como fuerza de mayor peso con cuatro millares de arcabuceros españoles, que esperan, apoyados por artillería, al otro lado de un camino, tras un terraplén coronado por una empalizada.

Los esguízaros se arrojan al ataque con su habitual valor. A pesar de sufrir unas mil bajas por el fuego enemigo, atraviesan la carretera. Superar el talud les resulta, en cambio, imposible. Porque el terreno rompe su impulso y, sobre todo, porque los arcabuceros no descansan. Seguirán tirando por filas sucesivas hasta que, después de haber perdido veintidós capitanes y unos tres mil soldados, los piqueros, sin dejar de hacer frente, se retiran. Los españoles están intactos, y el arcabuz ha probado su eficacia. En cuanto a los suizos, nunca llegaron a recuperarse; en efecto, «ya no volvieron a desplegar su famoso vigor». «La importancia de ese día reside en que, finalmente, los suizos fueron curados de su tradicional tenacidad».

La táctica de los vencedores no es nueva: es prácticamente la misma que la adoptada con éxito por Fernández de Córdoba en Ceriñola, en abril de 1503. Pero entonces desplegó espingarderos y escopeteros, dotados de armas menos efectivas que el arcabuz.

Asistió a Bicoca el hombre que quizá vio antes que nadie las posibilidades del nuevo tipo de infante que era el arcabucero. El marqués de Pescara, napolitano de nacimiento, pero tan aficionado a lo español que vestía «a la española», y hablaba en castellano con su mujer, italiana, hallará en esas fuerzas el instrumento ideal para desarrollar su concepto de la guerra. Al frente de ellas, utilizará sistemáticamente técnicas que luego se convertirán en rutinarias: «encamisadas»; transporte de los infantes en las grupas de la caballería para aumentar su movilidad; maniobras ágiles, en orden disperso. Significativamente, en un combate, Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, el arquetipo del jinete noble, recibirá un arcabuzazo que le parte la espina dorsal. Su muerte, como la del comandante en jefe francés en Ceriñola, duque de Nemours, víctima de tres disparos, anuncia el futuro de «esas armas diabólicas».

Si en Bicoca sucumbe el piquero suizo frente al arcabuz, en Pavía (24 de febrero de 1525) será el turno de la caballería aristocrática.

La batalla tiene lugar dentro de una campaña afortunada que Francisco I de Francia dirige en persona contra los imperiales en Italia. Ante su avance irresistible, estos se retiran hacia el este para reagruparse, dejando en Pavía a Antonio de Leyva, con una guarnición de mil españoles y cinco mil alemanes. Los muros de la plaza estaban en pésimas condiciones, pero Leyva, veterano de treinta y dos batallas y cuarenta y siete asedios, con su proverbial energía los hace reparar, a tiempo para rechazar los asaltos que un ejército enemigo de treinta y seis mil hombres lanzará a partir del 28 de octubre de 1524.

El fracaso de estos mueve al rey a optar por un bloqueo, esperando conseguir con él la capitulación. Pero el principal problema del gobernador no serán tanto los víveres como parte de sus hombres. Los tudescos, descontentos con los retrasos en las pagas, amenazarán al menos en dos ocasiones con amotinarse. Solo depondrán su actitud cuando se les abonan parte de sus haberes, con tributos impuestos a los burgueses, no sin que antes dos de sus compañeros hayan sido ahorcados por indisciplina. Su jefe, conde de Hohenzollern, morirá. Unos dicen que por causas naturales. Otros apuntan a un envenenamiento por órdenes de Leyva, lo que, en todo caso, sería una solución muy renacentista.

Mientras prosigue el cerco, los imperiales se han reorganizado, y levantan nuevas tropas, lo que permite al virrey de Nápoles, Lannoy, ponerse en marcha para liberar Pavía.

El 12 de enero de 1525, dos españoles atraviesan las líneas enemigas y entran en la ciudad. Llevan tres mil ducados para las tropas y la noticia de que unos veinticinco mil hombres marchan en su socorro, bajo la nieve y la lluvia. El 24, pasan el río Adda, avanzando directamente hacia la plaza.

Cuando llegan a la vista del campo francés, las condiciones meteorológicas y las desertiones les han reducido a poco más de veinte mil: cuatro mil españoles, diez mil alemanes, tres mil italianos y alrededor de dos mil jinetes, la mayoría, ligeros. Tienen dieciséis piezas de artillería.

Francisco I cuenta con fuerzas similares. Forman su infantería suizos, alemanes de la famosa Banda Negra, italianos y franceses. Su caballería es más numerosa que la contraria, y se enorgullece de mil doscientos magníficos hombres de armas, la caballería pesada noble por excelencia. Dispone de cincuenta y tres cañones. En suma, «los franceses tienen una superioridad aplastante en número y calidad de caballería pesada; una leve superioridad numérica en caballería ligera; una sustancial igualdad numérica en infantería y una notable ventaja en artillería».

Se trata de ejércitos completamente distintos. El imperial, basado fundamentalmente en una infantería moderna, encarnada en los arcabuceros españoles. El francés, casi feudal, articulado en torno a los caballeros acorazados de la gendarmería. Junto a los suizos, destaca otro modelo de infante que ya empezaba a quedar asimismo anticuado. Es el lansquenete alemán, que también forma en las filas de Lannoy. Es un soldado que combate «a la suiza», pero que además de la pica, dispone en sus formaciones de un cierto número de armas de fuego (en torno al doce por ciento) y, en las primeras hileras, de hombres con alabardas y montantes –los «doble sueldos»– cuya función es abrir huecos en el cuadro adversario. Jinetes armados de punta en blanco, esguízaros y lansquenetes se mostrarán inferiores al arcabucero español.

Lannoy, escaso de dinero y de víveres, teme que sus tropas se le dispersen si la campaña se prolonga. Decide, por consiguiente, tomar la iniciativa.

Un ataque frontal parece imposible. Los franceses se encuentran protegidos por dos líneas de fortificaciones, una mirando a la ciudad, y la otra al exterior. Parte de ellas se apoyan en un gran parque, que llega hasta las murallas de Pavía, rodeado de una pared de más de dos metros y medio de alto, cuarenta centímetros de espesor y veintiún kilómetros de largo. En su centro se halla el lugar de Mirabello, con un palacete, próximo a otra pared que divide en sentido longitudinal el enorme cazadero entre el Parque Viejo y el Nuevo.

El plan de los imperiales, ante estos obstáculos, es desbordar la izquierda enemiga, penetrando en el parque, para amenazar sus comunicaciones con Milán, forzándole de esa manera a abandonar sus posiciones.

En la noche del 23 al 24 de febrero, a cubierto de un bombardeo artillero para distraer a los franceses, se realiza el movimiento de flanco, que pasa desapercibido. Los gastadores practican tres brechas en los muros, mientras destacamentos amagan ataques en otros puntos. Hay que añadir que, en noches anteriores, Pescara ha asestado varios duros golpes de mano con sus arcabuceros españoles. Ello hace pensar a los franceses que los movimientos imperiales responden a una operación de alcance limitado.

No por eso el trabajo fue menos laborioso. Se hacía en la oscuridad, las paredes eran gruesas y había que procurar no alertar a los contrarios. No se acabó hasta el alba, con cierto retraso sobre lo previsto. Con las primeras luces, la vanguardia imperial, dirigida por el marqués del Vasto, sobrino de Pescara, irrumpe en el parque, al tiempo que se

lanzan dos cañonazos. La forman infantes italianos y españoles, en su mayoría arcabuceros, y alguna caballería ligera. Todos llevan camisetas blancas sobre sus ropas para reconocerse.

Rápidamente, marchan sobre Mirabello, donde esperan reunirse con Leyva, avisado por los disparos para que haga una salida desde Pavía. Mientras, el grueso del ejército empieza a entrar por las brechas, dividido en cinco grupos. De derecha a izquierda: infantería española de Pescara, la mitad de la caballería, lansquenets con Lannoy, resto de los jinetes y un destacamento de lansquenets a las órdenes de Borbón. En retaguardia, infantes italianos y algunos españoles con la artillería. Una vez en el parque, comienzan a desplegar.

La vanguardia toma sin dificultades la aldea, ocupada por parte de la impedimenta francesa, expulsando a sus ocupantes, que llevan al campo del rey la noticia de lo que está sucediendo. Resulta entonces evidente que no se trata de un golpe de mano más, sino de un ataque en toda regla.

Francisco I no vacila. Convencido de su superioridad, y movido por el instinto del caballero medieval de tomar siempre la ofensiva, abandona sus posiciones, que han quedado desbordadas, y sale al encuentro del enemigo. Sitúa a su caballería en el centro, a los lansquenets de la Banda Negra a la derecha y a parte de los suizos en la izquierda. El resto de estos se halla distante del campo de batalla, pero se encamina hacia él a marchas forzadas. Por último, deja a su infantería italiana y francesa ante Pavía, por si la guarnición intenta alguna salida. El combate empieza favorablemente para él. En un audaz movimiento, elementos de su caballería caen sobre la retaguardia enemiga, capturando seis piezas que se dirigían a la línea de batalla. No obstante, los jinetes, faltos de apoyo, se tienen que replegar, sin poder explotar su éxito.

Para entonces, la artillería francesa ha entrado en fuego, aunque causa pocas bajas, debido a que Lannoy ha ordenado a sus hombres que se tiendan en el suelo para escapar a los efectos del bombardeo.

El rey francés, desorientado por la niebla que cubre el campo y animado por el pequeño triunfo local obtenido por sus tropas, cree que la infantería imperial vacila bajo el cañoneo. Al frente de su gendarmaría, da una carga a pecho petral, lo que piensa que será el golpe de gracia definitivo.

La caballería barre a la contraria, a la que domina tanto cualitativa como cuantitativamente. Francisco I considera la batalla ganada, debido a que los jinetes enemigos, que para él constituyen por definición la fuerza de un ejército, están derrotados. Pero en el modelo español esto

no era así. Quedaba por jugar la carta más importante, como se comprueba inmediatamente.

Pescara reúne a mil quinientos arcabuceros españoles y les despliega en un bosque próximo a Mirabello. Desde él, abren un fuego devastador contra los gendarmes que, dispersados tras la carga, se están reorganizando. El terreno, pantanoso, dificulta además la acción de sus pesados caballos, mientras que no supone un obstáculo para los infantes. Los disparos se dirigen especialmente contra las cabalgaduras, más vulnerables, que caen a decenas, arrojando por tierra a sus dueños que, abrumados por el peso de las armaduras, apenas pueden levantarse. A su vez, pequeños destacamentos de peones dejan los arcabuces y espada o daga en mano, se infiltran en la deshecha formación, rematando a los caídos o haciéndoles prisioneros, desjarretando y desbarrigando caballos. La caballería que mandan Lannoy y Borbón para entonces se ha reordenado y ataca a los hombres de armas, acabando por destrozarlos. En el centro, los lansquenetes se arrojan contra la artillería francesa. La Banda Negra acude a defenderla. Es un choque fratricida entre tudescos. Los que están al servicio de Carlos V odian a muerte a sus compatriotas a sueldo de Francia, por tenerles por traidores a su señor natural, el emperador. Han adoptado, por otra parte, un despliegue de menor profundidad, pero mayor frente, lo que les permite envolver a sus contrarios y hacerles huir. Hay que decir en descargo de estos que pocos días antes su popular jefe, Juan de Medicis, había caído herido de un arcabuzazo, siendo evacuado. Lannoy, caballerosamente, le autorizó a cruzar las líneas imperiales para que fuera a curarse a Piacenza.

Por su lado, el grueso español ataca a los suizos, quienes, abrumados por los tiros de la arcabucería y al ver a los alemanes y a los gendarmes vencidos, se entregan a «infame fuga», tras una resistencia insuficiente. «Cosa increíble de decir», según un testigo, porque, como ya señalamos, esas tropas hasta entonces nunca habían vuelto las espaldas.

Quedan los demás esguízaros, pero a su llegada se encuentran ante una situación imposible. Leyva ha hecho su salida, derrotando a franceses e italianos; los triunfantes lansquenetes imperiales y los españoles avanzan contra ellos. Tras sufrir algunas descargas, tiran las picas y se unen a la huida del resto del ejército.

Lannoy ordena una persecución a fondo, que termina a orillas del Tessino, en cuyas aguas se ahogan muchos de los fugitivos que intentan escapar.

Las fuerzas del rey han sido prácticamente aniquiladas. Se estima en quince mil sus bajas, incluyendo tres mil esguízaros capturados, que

serán puestos en libertad a cambio de la promesa de no volver a servir contra el imperio. La lista de los muertos y prisioneros es una relación de lo más granado de la nobleza francesa: el rey de Navarra, el gran maestre de Francia, Montmorency, La Tremouille, La Palice, Bussy, Tonnerre, Bonnavet, Nevers, Genouillac...

La encabeza el propio Francisco I. Tras haber combatido valerosamente, un disparo le mata el caballo. Caído, es desvalijado por los soldados, que le arrancan el penacho, la sobrevesta, un collar y sus espuelas de oro. Finalmente será llevado a presencia de Lannoy que, rodilla en tierra, recibe su rendición.

Las pérdidas de los imperiales se cifran en torno a los quinientos hombres. Entre ellos, Pescara que, según escribe a Carlos V, recibió «tres heridas harto enojosas que los suizos me dieron».

Ha sido una victoria abrumadora. Si hubiera que mencionar un factor decisivo, habría que elegir al arcabucero español que, moviéndose con una autonomía inimaginable en la época, «contra todo orden de guerra y de batalla», aprovechando al máximo las posibilidades de su arma, destrozó a la que hasta ese día se consideraba la mejor caballería y la mejor infantería de Europa: la francesa y la suiza, respectivamente. Añadamos que, cuando los de Lannoy cogieron las piezas francesas, encontraron a muchos de sus sirvientes muertos por pelotazos de arcabuz, lo que prueba la potencia de este. Además, y a diferencia de Bicoca, habían demostrado su superioridad combatiendo en campo abierto, no a cubierto.

Una anécdota que plasma el prestigio que, aún antes de Pavía había ganado la infantería, se produjo cuando el ejército imperial iniciaba su marcha sobre el francés para darle batalla. Le correspondió al marqués del Vasto formar en la segunda agrupación de caballería, pero «quisiera mucho ir a pie con la infantería». Sin embargo, «no se lo consintió su tío, el de Pescara, sino que fuese donde iba». Unos años atrás, hubiera sido inconcebible que un noble deseara ir con la peonada, y menos aún desmontado. La arcabucería española había cambiado muchas cosas.

Mühlberg lo ratificará. La batalla es el episodio crucial en el enfrentamiento de Carlos V con los príncipes y ciudades de Alemania que se agrupan en la Liga de Smalkanda. Cuando se produce el rompimiento, el emperador se encuentra en Ratisbona, con solo un millar de hombres, aislado en territorio de sus enemigos que cuentan con decenas de miles de soldados. Se apresura a decretar la movilización de fuerzas de todos sus dominios, entre ellas, a sus veteranos españoles agrupados en tres tercios:



«La batalla de Mühlberg», grabado incluido en el *Commentariorum de bello Germanico e Carolo V Caesare Maximo gesto, libri duo* (Amberes, 1550) de Luis de Ávila y Zúñiga. Universidad de Valencia.

de Hungría, con Álvaro de Sande y dos mil ochocientos efectivos; de Nápoles, con dos mil, al mando de Vivas; de Lombardía, que dirige Arce, con tres mil.

Pero hasta que lleguen, tiene que ganar tiempo y sustraerse a los ataques de sus adversarios. Alba lo conseguirá, en su brillante campaña del Danubio. Casi sin ejército, manobra hábilmente, rehusando siempre el combate y ocupando sucesivas posiciones fácilmente defendibles. De esta forma, logra sostenerse, mientras los refuerzos van incorporándose. De los españoles, un testigo afirmará que «todos estos tres tercios eran la flor de los soldados viejos españoles... muy excelentes».

Contando ya con tropas suficientes, el duque modifica su estrategia, ganando la iniciativa, aunque continúa sin buscar batalla. Con una serie de movimientos, amenazando envolver a los protestantes, les obliga una y otra vez a levantar el campo, acosándoles sin descanso con escaramuzas y golpes de mano. Por fin, y como había previsto, el vario-pinto ejército enemigo, desalentado, desgarrado por problemas entre sus jefes, se disuelve por sí solo.

Inicia a continuación la campaña del Elba, buscando ahora dar el golpe de muerte a la Liga. La situación se ha invertido. Son los imperiales quienes tienen la superioridad y los que desean atacar a su principal adversario, el elector Juan Federico de Sajonia, antes de que este, a su vez, acumule mayores fuerzas. En busca de ellas, va cediendo terreno hasta franquear el Elba.

Los sajones toman posiciones en la margen derecha, que fortifican con trincheras y artillería, cubriendo los vados frente a Mühlberg, creyéndose a salvo. Son seis mil infantes y algo más de tres mil caballos, con veintiuna piezas. Alba, por su parte, sabe que no puede dejar de atacar, aunque el río, ancho y caudaloso, sea un serio impedimento. En su propio campo se le reprochará su audacia, pero hace ver que, al igual que las circunstancias de cada bando han cambiado, igualmente debe suceder con las respectivas estrategias: era hora de que la agresividad relevase a la prudencia.

En la madrugada del 24 de abril de 1547, tras un reconocimiento hecho personalmente, y aprovechando la espesa niebla, coloca en la orilla izquierda sus cañones y entre ochocientos y mil arcabuceros españoles, que abren un fuego abrumador. Mientras, prepara un puente de barcas. Los sajones, agobiados por los disparos, lanzan embarcaciones Elba abajo, respondiendo desde ellas al tiroteo. Los soldados de los tercios, enardecidos, «entraron por el río muchos de ellos hasta los pechos», acribillándolas. Viendo que el enemigo empezaba a vacilar, Alba manda mil arcabuceros adicionales, con Arce. Se consigue así tal volumen de disparos, que más que fuego graneado «parecían salvas las arcabuceras».

No obstante, quedaba lo más difícil: franquear el Elba que en ese punto tenía trescientos pasos de ancho. Para complicar las cosas, se advierte que el puente que se ha montado es demasiado corto. Es preciso completarlo con más barcas, y no hay.

El problema se resuelve. Diez arcabuceros de Arce se desnudan y «nadando con las espadas atravesadas en la boca», se lanzan a las aguas heladas y abordan segmentos de un puente que los protestantes intentaban retirar por el río. En un breve cuerpo a cuerpo matan a las tripulaciones y regresan con las embarcaciones.

Se disponen entonces dos ataques. Uno, por el puente, cuando se complete. El otro, por un vado que enseña a los imperiales un campesino despechado porque los protestantes le han robado dos caballos. Por él pasa la caballería ligera y cuatrocientos cincuenta jinetes húngaros. Estos, dotados de largas lanzas, cimitarras, martillos y escudos, «mues-

tran gran amistad a los españoles, porque, como ellos dicen, unos y otros vienen de los escitas». Cada uno lleva en las ancas de su caballo a un arcabucero. El resto de la caballería les sigue, mientras los infantes de Arce, entrando en el agua tanto como pueden, tiran sin cesar para cubrirles. De esta forma, se gana la orilla derecha, en la que despliegan todos los jinetes, que disponen así de arcabuces para apoyo inmediato.

El elector, al ver al enemigo encima, dispone la retirada, formando sus infantes dos escuadrones y sus caballos, nueve estandartes.

Carlos V, por su lado, cuenta con una masa considerable. En vanguardia, novecientos jinetes ligeros, trescientos arcabuceros a caballo, seiscientas lanzas y doscientos veinte hombres de armas. A continuación, dos fuertes agrupaciones, una con cuatrocientas lanzas y trescientos arcabuceros montados y la otra con seiscientos y trescientos, respectivamente. A la cabeza de todos ellos, carga a la caballería contraria. Esta, pensando más en huir que en batirse, es dispersada y desordena a su propia infantería sobre la cual caen los imperiales a rienda abatida, poniéndola en fuga. La persecución será implacable, y en ella se señalan los húngaros que «arremetieron diciendo “España”, porque a la verdad, el nombre del imperio, por la antigua enemistad, no les es muy agradable».

El ejército enemigo quedó extinguido sobre el campo de batalla. La infantería tuvo dos mil muertos, un número mayor de heridos y más de ochocientos fueron capturados. La caballería, quinientos muertos y una multitud de prisioneros y dispersos. Se perdió toda la artillería y el bagaje, amén de diecisiete banderas y nueve estandartes. Solo se salvaron cuatrocientos hombres.

Entre los prisioneros se hallaban el elector y el duque de Brunswick. Alba llevó al de Sajonia, vestido de «un peto negro... todo lleno de sangre, de una cuchillada que traía en el rostro, en el lado izquierdo», ante Carlos V.

Los imperiales perdieron en torno a un centenar de hombres.

La derrota fue total y tan rápida que el grueso de la infantería católica no tuvo que intervenir. Pero los arcabuceros habían jugado un papel determinante. Primero, alejaron al enemigo de la orilla, a pesar de que se hallaba atrincherado y en posición dominante, por ser allí el terreno más elevado. Luego, tomaron las barcas. A continuación, parte vadeó el Elba con la caballería, mientras que los demás protegían con su fuego la operación.

En un plano más amplio, hay que subrayar las cualidades de magnífico general que demostró Alba, adecuando con gran flexibilidad su estrategia a las cambiantes circunstancias.

Pavía y Mühlberg fueron batallas significativas. Varios autores coinciden en que tras la primera algo cambió en la evolución del arte de la guerra, haciéndose más y más escasos los combates en campo abierto, ante la eficacia de las nuevas armas. En cuanto a la segunda, fue en palabras de Puddu, «la apoteosis definitiva» de la infantería española: «en torno a los años cuarenta del siglo XVI, el arcabuz ha obtenido definitivamente el dominio de los campos de batalla, y los infantes castellanos son maestros reconocidos en el uso de este arma terrible». Su fría eficacia despertó la ira de muchos. Ariosto la llamaría «abominable y maldita», atribuyendo su invención a Belcebú. Don Quijote, siendo hombre de a caballo, la despreciaba, teniéndola por «diabólica invención», que permitía que «un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero», aunque quizá el mismo tirador hubiese huido espantado por el estruendo del disparo.

En cierto modo, el arcabuz no solo igualaba al plebeyo con el noble en el campo de batalla, sino que le confería una clara superioridad. El infante español se apoyará en él y en la pica para mejorar de condición, por lo menos a sus propios ojos, y convertirse en «soldado gentilhombre». Lo hará encuadrado en los tercios. Pero antes de estudiar la estructura de estos, conviene delimitar el concepto.

El tercio es, ante todo, un conjunto de compañías bajo un mando único. Es un marco que se «rellena» con unidades subordinadas, siendo el número de ellas variable y cuestión relativamente secundaria. Ya hemos visto que la ordenanza de 1536 no precisaba este dato. Aunque, posteriormente, se intentará atribuir una cierta cantidad de compañías o banderas a cada tercio, lo cierto es que nunca dejó de variar. A su vez, las plazas de estas oscilaban continuamente. El resultado será un panorama relativamente desconcertante, de enormes fluctuaciones, tanto por lo que se refiere a los efectivos como por lo que atañe a la cifra de banderas por tercio.

Es pues, una organización fluida, en permanente cambio, muy alejada de las estructuras más rígidas de los regimientos o batallones existentes a partir del siglo XVIII. Con todas sus imperfecciones era, sin embargo, extraordinariamente avanzada para su época. Incluso el excelente ejército holandés, uno de los más desarrollados, no superó durante todo el XVI el nivel de compañía, siendo sus regimientos nada más que agrupaciones *ad hoc* de estas para cada campaña. El mero hecho de diseñar y mantener una unidad de rango superior y, por tanto, más compleja, era de por sí, algo notable.

El caso de los tercios veteranos, o viejos, de guarnición en Italia, resulta especialmente interesante. A lo largo de este trabajo se verá

cómo se desprenden de compañías y absorben otras nuevas, sin por ello perder su identidad. Con frecuencia, incluso, las que han sido destacadas no regresan nunca y adquieren vida propia, formando un tercio distinto.

Incidentalmente, ello se presta a confusiones a la hora de determinar la trayectoria de las unidades que han llegado a salpicar obras tan respetadas como la famosa Disertación sobre la antigüedad de los regimientos. Así, una parte importante del tercio de Nápoles fue a Flandes con Alba en 1567. Pero en el virreinato italiano siguió existiendo una unidad con ese nombre. Por tanto, la que marchó a los Países Bajos, para quedarse allí, no podía pretender que su antigüedad fuese la del tercio napolitano, que no había dejado de existir, sino que debería arrancar desde el momento que se desgajó de él, siendo, por tanto, más moderna.

Es una situación un tanto compleja, similar a la producida durante las guerras de emancipación de América, con los regimientos «gemelos» o «expedicionarios», cuando a uno y otro lado del Atlántico existieron unidades distintas, pero con el mismo nombre porque compartían un origen común.

Precisamente el carácter «expedicionario» es otro de los rasgos de los tercios. En un principio, estos se conciben exclusivamente para el servicio fuera de España, por estimarse que la defensa de esta no exige tropas permanentes, al no existir amenazas próximas, bastando fuerzas de muy inferior calidad como las Guardias Viejas de Castilla o las milicias.

De ahí que cuando se produzca alguna crisis en la península, como la guerra de anexión de Portugal, haya que acudir a la organización de nuevos tercios o a llamar a los veteranos que se encontraban en el exterior. Todo ello cambiará en los años cuarenta del XVII, con la aparición de movimientos secesionistas y la intervención extranjera en suelo español. Entonces se formarán unidades específicamente para la defensa territorial, con el nombre de provinciales.

Pero fue un caso excepcional y tardío en la larga vida de los tercios, cuyo ámbito normal de actuación serían los teatros de operaciones extranjeros. Ello implicaba que fueran tropas con una cierta vocación de movilidad, parecidas a las que modernamente se han llamado de intervención. Esta característica será aplicable tanto a las desplegadas en zonas de operaciones, como los Países Bajos, como a las destinadas en las guarniciones de Italia.

Normalmente, los desplazamientos se realizan a lo largo del eje imperial que une a España con los Países Bajos. Su primer tramo es maríti-

mo, desde la península a cualquiera de los dominios italianos (Nápoles, Sicilia, Lombardía), según los casos. El segundo, terrestre, a través del Camino Español, exhaustivamente tratado por Parker que, desde Italia, desemboca en Flandes.

Dicho eje puede funcionar también en sentido inverso al mencionado. Además, de él salen ramificaciones, permanentes unas, temporales otras. De Flandes, las unidades pueden ir a Francia o a Alemania, o amenazar Inglaterra. De Italia, pueden proyectarse al sur del Imperio, o al norte de África, o a Grecia, o a Malta, o a lo largo y lo ancho del Mediterráneo. Desde España, a Portugal, Inglaterra, Irlanda, Francia, África, América. Limitándonos a un solo ejemplo, se podría mencionar el de los tercios que salieron de Flandes para vía Italia, España y Portugal, participar en la conquista de las Azores.

Excepcionalmente, habrá también una ruta directa España-Flandes, poco utilizada por el dominio naval enemigo.

La principal es, sin embargo, la línea España-Italia-Países Bajos. Lo habitual es que los hombres se alistan en el primer país citado, se instruyan y se fogueen en pequeñas acciones en el segundo y lleguen a Flandes como veteranos. Sintetizando mucho, España daría reclutas, que en Italia se hacen soldados, que se convierten en combatientes en Flandes. Es un movimiento casi constante, porque la guerra del norte es insaciable, porque Italia, frontera oriental, no puede quedarse desguarnecida, y porque son múltiples los compromisos internacionales de la corona. Los tercios vivirán continuamente en pie de guerra, acudiendo de una crisis a otra, casi sin solución de continuidad.

Todo ello apunta a otro aspecto. Nunca habrá bastantes de estas unidades. De ahí que, para continuar aplicando una terminología reciente, su papel habitual sea el de «ballenas de corsé»: fuerzas selectas que constituyen una minoría del ejército, pero que dan solidez al conjunto. Será absolutamente excepcional que formen la mayoría, por no decir la totalidad de los efectivos presentes en una campaña. Lo normal será lo contrario. En la larga guerra en los Países Bajos, raramente hubo más de tres o cuatro tercios españoles, lo que suponía unos siete mil hombres, entre el quince y el veinte por ciento del ejército, siendo alemán, italiano, albanés, valón, irlandés, lorenés, borgoñón o inglés el resto.

De hecho, ni aún con los contingentes «de naciones», como se les designaba, España tenía las tropas necesarias para mantener simultáneamente dos campañas ofensivas. Para la «empresa de Inglaterra» o para las «entradas» en Francia desde Flandes, habrá que pasar a la defensiva en aquel territorio.

Si bien, por definición, se estimaba a los tercios como fuerzas de élite, entre ellos hay distinciones. De un lado, los viejos, con larga trayectoria. De otro, los nuevos, de reciente creación. La diferencia era, hasta cierto punto académica. Los tercios existentes en Italia se calificaban siempre de veteranos, aunque, con la flexibilidad que caracterizaba a todo el sistema, hubiesen mandado a Flandes, por ejemplo, a la mayoría de sus soldados antiguos, sustituyéndoles por bisoños. A sensu contrario, un tercio que se acababa de organizar tenía oficialmente la consideración de nuevo, a pesar de que para formarle se hubiera acudido a compañías veteranas. Esto era producto de la concepción a la que se ha aludido más arriba, y que no siempre se subraya suficientemente, de los tercios como agrupaciones fluidas de compañías, y no como unidades estáticas.

Incluso se establecían diferencias entre los tercios de una clase concreta. Así, se estimaba que entre los de guarnición en Italia, que eran los más antiguos, los de Nápoles y Sicilia eran mejores que el de Lombardía. Una razón estribaba en que los integrantes de este tenían mayores facilidades para dejar las banderas (por ejemplo, cuando se decidía enviar refuerzos a la guerra de Flandes) al encontrarse en una región fronteriza con distintos estados independientes, mientras que los que se hallaban en los dos virreinos, y especialmente en Sicilia, estaban más aislados. Otra es que los destinados en el sur, debido a la permanente amenaza turca, estaban más fogueados y vivían, en la práctica, constantemente en pie de guerra, lo que no era el caso del Milanésado.

Con independencia de su antigüedad, y a pesar de sus frecuentes cambios orgánicos, desarrollaron una acusada personalidad. A ello contribuyó la costumbre de darles una denominación propia, lo que se hacía siguiendo tres criterios, aunque no se excluyeran mutuamente, ya que a veces se aplicaban dos o tres a la vez. El más usual, era emplear el nombre de su jefe, o maestro de campo (Manrique, Velandía). También se podía recurrir al de un lugar, o una campaña (Sicilia, Ginebra).

Pero más importante, y más utilizado, era el apodo que muchos tenían. El de mayor prestigio fue el de «Viejo», que designó al que mandó Mondragón. Hubo otros, sin embargo: del «Ducatón», porque sus integrantes recibieron solo una de estas monedas en su largo viaje de España a Flandes; de la «Zarabanda», por su afición a ese baile, «pero olvidaron muy pronto el son y baile, porque los trabajos y miserias que en Flandes pasan no les dio más lugar a semejantes entretenimientos»; del «Cañuto», porque de noche usaban cañas para ocultar el brillo de las mechas de sus arcabuces; de los «Galanes», «Almidonados» o «Pre-

tendientes», por su elegancia y su costumbre de pedir mercedes; de los «Sacristanes», porque en una ocasión, a falta de nada mejor, vistió ropas negras de campesinos; de los «Colmeneros», porque, siendo bisoños, solo pudieron conseguir miel como alimento; de los «Vivanderos», por lo bien que sabían vivir; de las «Victorias», por las muchas que obtuvieron; de los «Señores» o «Monsiures», por las galas que llevó cuando entró en Francia, despertando la admiración de los habitantes; de los «Pardos», porque, al contrario de algunos de los mencionados, «todas sus galas eran armas, pólvora y plomo», y preferían antes «un palmo de cuerda para la escopeta que una camisa»; «El pequeño castillo», sobrenombre dado por los franceses a un tercio por su solidez. También existía el de «Zambapalos», sin que se conozca la razón, aunque uno de sus miembros haya dejado unas espléndidas memorias.

Estas denominaciones, varias de las cuales se podían aplicar a un mismo tercio, fueron muy populares, ya que permitían que «aunque muden las cabezas, son conocidos». Con ellas, «mejor se acuerdan los soldados a muchos días pasados qué tercio el que se halla en la ocasión, que por la cabeza que les rige, que como puede mudar no es tan fácil».

Apuntan estas frases a otra de las características destacables en los tercios. Estos nacen, lo que en su primera época resultaba excepcional en Europa, con voluntad de permanencia. Se diferencian de esta manera del modelo existente hasta entonces, de corte prácticamente medieval, y que otros países mantendrán todavía durante años, basado en fuerzas levantadas y disueltas con motivo de cada campaña. Así lo harán, por ejemplo, dos de las principales potencias protestantes, Holanda e Inglaterra. Esta última, a fines del XVI, no disponía de más de tres mil hombres en armas. Hasta cierto punto, la propia España conservará en parte ese sistema, con las unidades valonas y alemanas, que se crean y se suprimen con mucha más facilidad que las españolas.

Se puede hablar, y se comprobará a lo largo de estas páginas, de una política deliberada de mantener a los tercios. Entre las dos opciones habituales: formar unidades nuevas con reclutas o alimentar a las ya existentes con estos, se opta abiertamente por la segunda. La idea era que «no ha de haber ni mantener banda de gente nueva de por sí, sino mezclarlos y meterlos entre los soldados viejos, porque de la plática, ejercicio, costumbres y maneras de estos serán luego los bisoños prácticos, diestros y obedientes, lo cual, si están de por sí, no lo serán en mucho tiempo». La veteranía era, literalmente, un grado.

Este criterio de combinar «la gente nueva con la vieja», para que no hubiera formaciones integradas exclusivamente por reclutas, se apli-

caba de dos formas. Una consistía en integrar en bloque una unidad constituida, fuese tercio o compañía, en otra. La segunda, se realizaba mediante la disolución de compañías e incluso tercios enteros para rehinchir y completar los que se deseaba conservar. El duque de Alba resumía perfectamente esta filosofía cuando pedía «que vengan las banderas con los capitanes y gente que cada uno tuviere, porque aunque no tengan sino veinte soldados y aún quince cada bandera, dándoles acá y juntándose con ellos los bisoños se pueden contar todos por banderas viejas». Siguiendo este sistema, en el periodo 1567-1600, y ciñéndonos exclusivamente al teatro de operaciones de Flandes, se «reformaron», es decir, se disolvieron, no menos de diez tercios, casi siempre para cubrir bajas en otros. Una consecuencia accesoria de esta política es que se asesta un duro golpe a la leyenda de los grandes tercios viejos de los Países Bajos. En realidad, la inmensa mayoría de ellos no sobrevivió lo suficiente para merecer esa denominación, debido a las constantes reformas. Otra cosa eran los hombres, que ellos sí permanecían durante años bajo las banderas, a las que aportaban su veteranía, aunque cambiaran de unidad.

Porque esa voluntad de permanencia se extiende a los propios soldados. Muchos cambiarán de tercio o de compañía, pero sin dejar lo que se ha convertido en una profesión. La afirmación de Ortega de que «el tercio castellano era una tropa de profesionales, de soldados, de combatientes a sueldo» responde a la realidad. Quizá habría que matizarla en el sentido de que, a diferencia de otros que les precedieron, como los suizos o los lansquenetes, en los españoles el sentido de lealtad a su soberano, con exclusión de cualquier otro, constituye algo esencial. No sirven al mejor postor, sino a una bandera específica, y solo a ella.

Las ventajas del modelo son obvias. En caso de crisis, existe un núcleo de ejército, integrado por unidades aguerridas formadas por hombres fogueados, no hay que improvisar partiendo de la nada. Lo único que hay que hacer es reforzarlo.

La Guerra de las Alpujarras ofrece un buen ejemplo. Por haber estallado en la península, desprovista de guarniciones veteranas, se tuvo que apelar a contingentes formados por ciudades y nobles siguiendo el procedimiento antiguo. Su rendimiento fue tan bajo que, a pesar de que el enemigo eran grupos de civiles, sin instrucción ni organización militar, hubo que recurrir a los tercios de Italia para sofocar el levantamiento.

Las críticas sobre la calidad de las fuerzas generadas según ese sistema fueron acerbas: «hombres levantados sin pagas, sin el son de las cajas, concejiles que tienen el robo por sueldo y la codicia por superior»;

«aventurera la gente, muchas banderas de poco número, mantenidas sin pagas»; «ningún (ejército) he visto hecho tan a remiendos, tan desordenado, tan costosamente proveído y con tanto desperdiciamiento y pérdida de tiempo y de dinero; los soldados, iguales en miedo, en codicia, en poca perseverancia y ninguna disciplina; gente concejil, aventurera».

Eran, en su mayoría, campesinos, sin ningún entrenamiento, no fogueados, que aprovechaban cualquier oportunidad para volverse a sus casas. En caso de derrota, para huir del peligro; tras una victoria, para poner el botín a buen recaudo. Gente ruin y volátil, a la que no se podían confiar operaciones serias.

Los tercios, en cambio, eran otra cosa. En palabras de quienes les vieron en esa campaña: «gente obligada y de ordenanza vieja»; «gente práctica, con menos licencia, más proveída, mayores pagas y más ordinarias en Flandes, en Lombardía, lejos cada uno de su tierra; donde convenía esperar pagas, contentarse con los alojamientos».

Volviendo a Ortega, antes del XVI existía el guerrero, a veces ni eso, como en las Alpujarras. Con los tercios entra en escena una figura totalmente distinta: el soldado.

El proceso más usual para formar estas unidades, al margen del nombre que eventualmente recibieran o la antigüedad que pudieran acumular, era el mismo para todas.

Cuando el rey decidía levantar un tercio en España, se designaba un maestre de campo y un número variable de capitanes, para que reclutaran una cierta cantidad de compañías con unos efectivos concretos, pero que tampoco eran siempre los mismos.

Cada capitán recibía la «conducta», un documento que les facultaba para proceder a la recluta en una zona que se mencionaba expresamente. Así pertrechado, lo primero que hacía era encargar una bandera, de los colores que le parecía oportuno, los de su familia, si esta los tenía, o cualquier otro, ya que no había normas al respecto. Como medida de identificación, para indicar que se trataba de una unidad al servicio de España, llevaba la cruz roja de San Andrés. Luego, designaba a su primera plana (alférez y sargento), que solía escoger entre deudos, amigos o personas que le pudieran conseguir voluntarios. Se dieron casos, muy criticados, de compra de estos empleos, a cambio del pago de una cantidad al capitán. También, elegía uno o varios músicos, y al menos un servidor, el paje «de rodela» o «de jineta», que le llevaba el escudo o la insignia de su empleo.

A continuación, se desplazaba al lugar que le había sido designado, colocaba la bandera en el balcón de su alojamiento y hacía «echar un bando», notificando al vecindario que buscaba soldados. Como un



Reclutamiento de soldados a principios del siglo XVII (ca. 1614-1620), grabado de Jacques Callot. Rijksmuseum, Ámsterdam.

bisoño escribiría «vi en la Calle Real, en una ventana, una bandera», y con eso estaba todo dicho.

Resumiendo todo el proceso en dos líneas: «recibí dos tambores, hice una honrada bandera y compré cajas... toqué mis cajas, eché los bandos ordinarios y comencé a alistar soldados», siendo en ese texto «tambores» los hombres que tocan dicho instrumento, y «caja», el nombre de este.

La conducta, que normalmente era de un modelo único, recogía los aspectos más destacados de la misión encomendada. Clonard, entre otros, publica una interesante. En primer lugar, contiene tres espacios en blanco para escribir el nombre del capitán, la localidad donde «hará la gente» y los efectivos requeridos. Se indicaba que debía buscar «buenos soldados, útiles», excluyendo «viejos, mancos, mozos de menos de veinte años y personas que no sean para servir». Tampoco se podían alistar «frailes ni clérigos, ni otro hombre de religión en hábito de soldado ni de otra manera», aunque se dejaba abierta la posibilidad de contar con un capellán, «que sea sacerdote y hombre de buena y honesta vida, para que diga misa y administre los sacramentos en tiempo de necesidad».

Convenía que los voluntarios se presentasen con sus propias armas, pero de no ser así, «de su paga se las haréis comprar», con dinero que, en caso necesario, adelantaba el capitán. Alcanzado el número preciso de hombres, se les reuniría en un lugar «y allí daréis alarde y muestra al paga-

dor que su majestad envíe a la pagar», lo que haría «ante la justificación» de la autoridad local «y un escribano público». Cada soldado percibiría un mes de haberes. A partir de ese día se aplicaría el principio de «mes servido, mes pagado», entrando los hombres en un complejo mecanismo, integrado por veedores, contadores y pagadores, los «oficiales del sueldo», cuya función teórica residía en comprobar la veracidad de las muestras o revistas y abonar los haberes. Junto al nombre de los soldados se inscribían los «del padre y lugar donde nacieron, edad y las demás señales que le pareciere a propósito, para que en las muestras que en adelante se tomasen se conozca si alguno quisiese pasar en plaza que no fuese suya».

Hecho esto, la nueva compañía marcharía al punto de concentración, encareciéndose al capitán que por el camino «no traben ruidos ni escándalos con los pueblos, ni unos con otros, ni hagan robos ni otros daños ni desaguisados». Tenía que evitar, asimismo, «con muy particular cuidado», y castigar si se producían, «los reniegos y blasfemias».

Caso de que algunos soldados se ausentaran de la bandera, tras haber cobrado, «se procederá contra los tales como contra personas que se alzan con el dinero de su majestad».

La bandera, columna vertebral del tercio, quedaba así formada por voluntarios, curiosamente enrolados por un periodo de tiempo no determinado. Aunque la conducta, como muchos documentos oficiales, respondía más a la teoría que a la realidad.

Por hacer una breve glosa de ella, habría que señalar que, con frecuencia, el afán de completar el número exigido de hombres, llevaba a alistar jóvenes de menos de veinte años o de talla excesivamente pequeña, aunque también hay casos de gente rechazada por esos motivos. La pretensión de que fuesen «buenos soldados útiles» era, claro está, una simple aspiración, que podía o no cumplirse. Prueba de ello es aquel cabo que, acercándose ya su unidad a Flandes, desertó porque «no era amigo de pelear», o el soldado con que tropezó «el Buscón»: «habíalo sido, pero malo y en partes quietas». Respecto a los «desaguisados», eran habituales. En cuanto a «reniegos y blasfemias», la abundancia de disposiciones al respecto hace pensar que eran práctica común. Sorprende, sin embargo, que Quevedo que conocía bien a la tropa, hace su don Pablos descubra como embustero a un hombre que juraba copiosamente para hacerse pasar por soldado: «dióme mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca, y eché de ver era algún picarón, porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia, cuando no de todos».

Respecto al criterio de «mes servido, mes pagado», apenas merece comentarios, cuando lo excepcional era precisamente que se respetara.

Pero, nadie mejor que Estebanillo González y Guzmán de Alfarache para descubrirnos algunas más de las irregularidades que en la práctica se producían en el proceso de reclutamiento idealizado en la conducta. Las que podía cometer el capitán tenían por objeto defraudar al Tesoro, o a sus hombres. Entre las primeras, la más usual era hacer pasar por soldados en las «muestras» a sus criados o a mozos del pueblo, para embolsarse sus pagas. Guzmán de Alfarache cuenta de uno que pasó hasta cinco veces delante del comisario de muestras. La última, «con un parche en las narices, para desconocerlo». Como señalaba Pedro de Urdemalas, «muchos galanes» se dedicaban a ir «de capitán en capitán, a saber cuánto pagan su gente para pasar una plaza y partir con ellos». No era raro que los «oficiales de la pluma», o de la administración militar, conspiraran con los capitanes en estas malas artes. El resultado era que hubiera «compañía que tenía sesenta soldados efectivos para entrar en la guardia y ciento cincuenta para el día de la muestra». También podía prestar a los soldados armas, para que pasasen revista en una plaza mejor pagada (arcabuceros, por ejemplo) de lo que les correspondía, guardándose el oficial la diferencia. Otra práctica consistía en afirmar, en contra de la verdad, que un hombre había desertado llevándose consigo su armamento. El capitán se quedaba con él, para vendérselo luego a un recluta recién incorporado. Existían, asimismo, lo que en Nápoles llamaban «santelmos». Se trataba de hombres que tenían plaza de soldado, percibiendo el sueldo correspondiente, pero que en la práctica no ejercían como tales. Era la granjería perfecta: cobrar sin trabajar.

Ejemplo de las segundas era percibir dinero de los habitantes de una localidad, a cambio de no alojar en ella a la compañía. La perjudicada era la tropa, que se veía obligada a hacer marchas más largas o a acampar al raso o en sitios desprovistos de todo. También se podía perjudicar a los soldados por el simple hecho de reclutarles con engaños. En esta tarea, a veces, el capitán contaba con la colaboración de algún subordinado, como Estebanillo, que «buscaba soldados para mí compañía; dábame mi capitán a dobla por uno».

Isaba acusaba como principales culpables de estos abusos a los veedores, pagadores, contadores y a «sus oficiales», en fin, a la «gente de pluma», así como a los comisarios y alguaciles. En su opinión, los capitanes apenas pasaban de ser cómplices de estos funcionarios, lo que le llevaba a la conclusión de que no había «necesidad de ministros del sueldo», proponiendo su supresión, y que se encargase al jefe de la compañía de todo lo relativo a revistas, haberes etc. Claro que el propio Isaba, en su condición de militar veterano, no era objetivo, y que mu-

chos capitanes eran tan poco de fiar como la variada ralea de escribanos. Pero también es verdad que la pesada administración que se creó para controlar el gasto era cara, no acabó con las trampas y constituyó un escalón más en el de por sí engorroso procedimiento para el pago de los haberes. Estos, de forma sistemática, siguieron llegando tarde y mal; los estados de revista continuaron siendo, en buena medida, ficticios y muchos capitanes no dejaron de lucrarse a costa, simultáneamente, del Tesoro y de sus hombres. Lamentablemente, hay que decir que, a veces, los retrasos en las pagas eran deliberados. Las autoridades sabían por experiencia que el soldado al que se le habían «rematado» –abonado en su totalidad– los sueldos devengados, tenía la tentación de abandonar el servicio. Por ello, ocasionalmente, de forma deliberada se le dejaba a deber dinero, confiando que así siguiera en filas, esperando su «remate».

Los soldados, claro, se vengaban a su manera. El procedimiento más extendido era sentar plaza, cobrar y desertar: «cogí la dobla, senté plaza y levanté los talones». Tan usual era que existían palabras especiales para describir esta lucrativa profesión: «hacer tornillo», se llamaba, y «tornillero», al que la practicaba. Había así hombres «que viven de tornillo, siendo siempre mansos y guías de todas las levas que se hacen», lo que da a entender que en ocasiones los propios mandos toleraban su existencia, ya que servían para atraer reclutas.

A pesar de lo estipulado en la conducta sobre los que abandonaban la unidad tras haber percibido el sueldo, era muy normal que los soldados esperaran justamente a cobrar, casi siempre con retraso, para dejar el servicio sin autorización. Entre las trampas de unos y otros, el resultado era que «el tercio de la gente, se supone o se deshace en cada muestra»: esto es, la tercera parte de las plazas correspondían a soldados inexistentes o a hombres que habían desertado tras percibir sus haberes.

En cuanto a dejar una bandera para pasar a otra, se hubiera o no recibido la paga, con permiso o sin él, se hacía con una frecuencia asombrosa, como demuestran las memorias de soldados de la época que han llegado hasta nuestros días.

El tema se contemplaba de distinta manera, según los casos. Así, abandonar una compañía para volver a España era algo más o menos aceptado. Hacerlo, para incorporarse a las filas enemigas, se consideraba, en cambio como el peor de los crímenes.

Hay que matizar que todos estos abusos se veían en el pasado con distintos ojos que ahora, y que estaban mucho más extendidos. Las conocidas como «pagas muertas», las que percibía el capitán por soldados inexistentes, eran sistemáticas en todos los ejércitos de la época, como

lo prueba que hubiese expresiones específicas para designarlas. En el ejército holandés, el gran rival del español, se les llamaba «nombres ciegos», y eran algo habitual. Incluso se ha afirmado que con dicho procedimiento los capitanes se embolsaban dos terceras partes de los sueldos de las compañías, lo que parece exagerado. Existían en el sueco los «passevolants», hombres inexistentes cuyos haberes se reservaban al capitán para compensarle el gasto de reclutar sustitutos para cubrir las bajas producidas por las enfermedades o las deserciones, ya que el estado solo reponía las sufridas en combate. Del ejército francés se ha dicho que uno de los motivos que le llevaron a abrazar con entusiasmo la causa de la Revolución fue el disgusto por la costumbre de los oficiales de escamotear a la tropa una parte apreciable de la paga, para embolsársela. El sistema en sí era, inevitablemente, una fuente de abusos. Todo esto explica que a medida que en los distintos países se decidió pagar directamente a los hombres, y no a través de los capitanes, la tropa, con independencia de su nacionalidad, recibió la medida como un beneficio. No obstante, los fraudes en el reclutamiento continuaron siendo frecuentes hasta finales del XVIII.

Igualmente extendidas estaban las trampas en las revistas. Un español comenta así, sin escandalizarse, el caso de un teniente francés que tenía una carreta «que lo principal para que la llevaba era para llevar armas para pasar muestras, que como tenía su capitán ausente, tenía la ganancia para sí». Es decir, que el día de la revista se las daba a civiles para que se hiciesen pasar por soldados.

Respecto a los cambios de unidad, es posible que con el paso del tiempo se hicieron cada vez más frecuentes. Su momento de apogeo sería el Siglo de las Luces en el que la ausencia de conflictos ideológicos o religiosos en Europa hizo que ni siquiera pasar de un ejército a otro se considerara algo reprochable y cuando, ante la falta de voluntarios, los mandos, literalmente, se robaban soldados unos a otros. Era normal, por ejemplo, alistar prisioneros enemigos, y la deserción estaba tan extendida (el ejército de Luis XVI llegó a perder por ella la tercera parte de sus efectivos, en un año) que en las capitulaciones de una ciudad usualmente se estipulaba que la guarnición pudiera sacar unos carros cubiertos, para ocultar en ellos hombres del ejército sitiador que habían dejado sus filas para incorporarse a los sitiados. Era tal el trasiego de soldados, que observadores contemporáneos se llegaron a preguntar si la deserción no se había convertido en un fin en sí mismo, que llevaba a los hombres a cambiar constantemente de bando, impelidos por una oscura necesidad, tan apremiante que les arrastraba a veces a decisiones absurdas como pasarse a los defensores de una plaza fuerte cer-

cada y sin esperanza de socorro. En los tercios al menos, salvo deshonrosas excepciones, esos movimientos de personal se producían en la mayor parte de los casos entre unidades españolas.

Por otra parte, el recurso a la mentira para allegar hombres, los desórdenes a costa de la población y «los reniegos», son tan antiguos como la milicia misma. En resumen, el comportamiento de los tercios en estas materias, era muy similar al de cualquier fuerza de profesionales, en aquellos tiempos y en otros.

Las autoridades se defendían como podían. Los pícaros a los que vamos siguiendo cuentan dos procedimientos concretos. Uno consistía en meter a toda la compañía en un edificio y hacer salir a los hombres de uno en uno, para contarles. Otro, encerrarles en una galera, a fin de que no se escaparan.

Se dictaron innumerables disposiciones para cortar los abusos, lo que constituye la mejor prueba de que no dejaron de producirse. Así, se prohibía que «ningún soldado... pase muestra... en más de una sola compañía... ni responda en nombre ajeno; que ninguna persona dé ni preste mozos para que pasen plazas en las muestras; que ningún soldado ni otra persona pueda prestar a otra armas; que ningún capitán ni alférez pueda recibir en su compañía soldado de compañía ajena, sin expreso consentimiento de su primer capitán y licencia de su maestro de campo».

Los castigos que se fijaban eran severos, yendo desde «pena de la vida», a la expulsión del ejército. Todo fue en vano, porque todo conspiraba contra la normativa, desde la escasez de hombres a la codicia de estos, o de sus mandos: La gente trampeaba como podía para ganar unos escudos, entre otros motivos porque los que debía el rey llegaban con considerable retraso.

Es verdad que nunca dejó de haber voluntarios, aunque no siempre en el número requerido. Las razones para sentar plaza eran tan variadas como los propios hombres. Pasamonte se alistó por «descomodidad». Duque de Estrada, siempre glorioso, «enamorado de ver entrar de guardia un capitán llamado Juan de Paredes». Bien es cierto que la ceremonia impresionaba: «siete hileras de calzas enteras, armas doradas, picas con fundas de terciopelo y penacho en el morrión, con buenos cuellos y puños abiertos». Contreras, claro, por una muerte. Estebanillo, «por coger cuatro reales con que se engañaban muchos bobos». Marcos de Obregón, por «el deseo que tenía de ver mundo». El opaco Castro, por causas que no explica.

Las trapacerías y la aparente falta de motivaciones nobles de muchos no pueden ocultar algo: los tercios constituyeron la mejor infan-

tería de Europa. Había algo más profundo, detrás de los fraudes o del hambre, de la picaresca o de las perspectivas de saqueos sustanciosos: la «reputación», la sed de aventuras o de gloria... Quizá, el mismo impulso inexplicable que condujo a desorbitadas empresas en América. Quizá, la búsqueda de sí mismo. Pero muchos sirvieron en los tercios por algo más que un puñado de monedas.

Si todas las compañías o banderas, sin excepción, se formaban siguiendo el proceso mencionado, los tercios no necesariamente se constituían siempre de la misma manera.

Lo más normal era que se organizaran en España, reuniendo compañías levantadas en los pueblos. Pero había otros métodos. Así, el tercio de Portugal nace de compañías independientes que ya existían, y que guarnecían plazas en el país vecino. En Flandes, se hicieron tercios con los restos de otros o a base de banderas sueltas llegadas de la península.

También eran varias las razones para «reformular» un tercio. Con mucho, la más usual respondía a la ya comentada tendencia de mantener a las unidades veteranas. A veces, se decidía «reformular» un tercio entero para completar otros. Esta situación se daba en dos casos. El primero, que hubiese llegado un tercio al completo en calidad de refuerzo. El comandante en jefe se encontraba entonces con uno bisoño, y habitualmente nutrido, y varios veteranos, pero «faltos de gente». Siguiendo la filosofía imperante de primar a las unidades viejas, se suprimía la nueva y sus efectivos se repartían entre las demás. Así se hizo con el de Manrique, en 1587.

El segundo, obedecía a la conjunción de dos factores: la falta de tercios de reclutas en un teatro de operaciones y la debilidad de los existentes en el mismo. Entonces, se disolvía uno, aunque fuese antiguo, en beneficio de los restantes, como sucedió con el de Flandes, en 1574.

La reforma podía, asimismo, ser una medida de castigo. Un ejemplo, afortunadamente excepcional, lo constituyó el tercio de Cerdeña, en 1568, por actos de indisciplina. Resumiendo lo sucedido, indicaremos que esa unidad, por su exceso de agresividad, provocó la derrota española de Heiligerlee →la batalla que, durante muchos años fue la única victoria en campo abierto de un ejército holandés←, en la que, por cierto, sufrió serias bajas. El comandante en jefe, duque de Alba, nunca se lo perdonó. Considerándola irrecuperable, aguardó la ocasión para disolverla. Se la dio el propio tercio.

Tras la victoria de Jemmingen, donde se destacó, en el curso de una marcha pasó por el lugar donde había sido vencido anteriormente. Los soldados no habían olvidado la humillación de aquel día, y, además, entre ellos se había corrido la especie, falsa o no, de que al término

del mismo los campesinos habían matado a españoles dispersos o los habían entregado al enemigo.

A modo de represalia, la tropa y sus mozos prendieron fuego a «todas las casas y aldeas del camino». El incendio fue de tal magnitud que «el aire estaba tan caliente que casi abrasaba». Alba, que venía cabalgando, vio aquellos desmanes, «cosa bien fuera de la costumbre de la nación española». Mandó ahorcar algunos mozos, cogidos en el acto. No satisfecho con eso, hizo averiguaciones, descubriendo que los oficiales no habían tomado ninguna medida para evitar lo sucedido. Decidió, pues, disolver inmediatamente el tercio. Sin embargo, y como los veteranos españoles valían para los mandos su peso en oro, y a pesar de la indisciplina de los de Cerdeña, en vez de expulsarles del ejército, los repartió entre las demás unidades.

Otro caso, del que se habló mucho en su día, fue el del «Tercio Viejo», suprimido en 1589, por haberse amotinado. Hay que aclarar que se trataba de una unidad con una brillantísima trayectoria. Había llegado a Flandes en 1567, con el nombre de Tercio de Sicilia (puntualicemos que, también en este caso, en dicha isla había seguido existiendo «el» Tercio de Sicilia, mientras que el contingente enviado a los Países Bajos había adquirido existencia propia), y desde entonces había participado, con distinción, en todas las operaciones que se habían realizado. Entre sus mandos se contaban maestros de campo del calibre de Julián Romero y de Mondragón, pasando por Hernando de Toledo. Contaba, por consiguiente, cuando fue reformado, con más de veinte años de servicio en campaña.

Para entender el desarrollo de los acontecimientos, hay que retroceder un año, cuando esta unidad estuvo acuartelada, durante el invierno 1588-89 en la isla de Bommel, donde pasó toda clase de privaciones. Otro elemento a tener en cuenta es que existía gran rivalidad entre los otros tercios y ella, porque alardeaba de «su prerrogativa en la antigüedad» y de que personas tan encumbradas como el príncipe de Ascoli y el duque de Pastrana habían empezado la carrera militar sirviendo en sus filas «con una pica». Se hablaba también de roces de su maestre de campo, Sancho Martínez de Leyva, con sus superiores.

En agosto de 1589, y hallándose de nuevo los tercios en Bommel, en el «Viejo» se empezó a murmurar que también ese invierno se proyectaba alojarlo en ese lugar, del que se guardaba tan triste memoria. La tropa, recordando su anterior experiencia y airada por el retraso en las pagas, se «alteró», eufemismo utilizado entonces por amotinarse, negándose a acatar órdenes y exigiendo el pago de los atrasos. Hay que



«El descubrimiento de los malhechores» (1633), grabado de Jacques Callot (1592-1635) de la serie *Les grandes misères de la guerre*.

precisar que de las treinta y una compañías que tenía el tercio, ocho se encontraban en otras guarniciones, y que cinco conservaron la disciplina. Fueron, pues, dieciocho las que se amotinaron, con las consignas de «muera el mal gobierno y salgamos de la isla», y «para el rey, la vida, y la horca para los que obren mal», aludiendo a los culpables de que no se les abonasen los sueldos. Según un testigo, un soldado que gritó «todo, y en oro», lema habitual de los motines, fue apaleado por sus propios compañeros, para mostrar que el revuelo era más que por el dinero, por el deseo de invernar en un lugar mejor abastecido.

Inmediatamente se movilizaron los otros dos tercios existentes, el de Bobadilla y el de Manrique, así como las cinco compañías que se mantuvieron leales, y que se vieron obligadas a terciar las picas para mantener a distancia a sus compañeros amotinados. Hubo un momento que pareció que se iba a llegar a las manos, puesto que «la cara era de guerra» entre un bando y otro, pero finalmente los sublevados depusieron su actitud. Sobre la marcha, se dio garrote a cinco de ellos y tres fueron ahorcados.

Ahí no acabaron las cosas. Pocas semanas después, Farnesio decretó su reforma, negándose a olvidar lo sucedido. Aunque «estimaba a este tercio más que a todos, por el mucho tiempo de la milicia y por la gloria de fuertes hechos, en los que llevaba ventaja».

Se pretendió disuadirle alegando que «aquel solo tercio era como un seminario adonde los bisoños de España se solían enviar, porque en compañía de los veteranos guerreros se criasen de modo que se pudiese esperar también de ellos veterano valor algún día». Contestó, sin embargo, ratificando su decisión no por la «simple pretensión de los pagamentos», sino por «haber excedido los límites de la moderación» en reclamarlos, y por su indisciplina. En su criterio, la unidad había

dejado de ser una buena escuela, y otros tercios podían desempeñar ese papel. Quizá habría que indicar que el «Tercio Viejo» no cobraba sus pagas desde el sitio de Amberes, en 1585, hacía cuatro años, por lo que difícilmente se le podía acusar de impaciencia.

Tomada la decisión de disolver, solo quedaba ejecutarla. En principio, correspondía hacerlo a los oficiales de administración militar, pero «no hubo persona que se atreviese en todo el ejército a ejecutar la reorganización, con haberla encargado a muchos». Al final fue el propio maestre de campo quien cumplió una misión que para él resultaba dolorosa e incluso humillante. En todo caso, en vez de anunciar al tercio su disolución anticipadamente, se prefirió reunirlo con el pretexto de darle algún dinero antes de la inminente campaña de Francia, y se concentraron en los alrededores otras fuerzas, como medida de precaución.

La ceremonia fue ingrata. Leyva se dirigió al alférez de su propia compañía y le ordenó: «ea, batid la bandera y plegadla, pues ya de agora nunca irá delante del Tercio Viejo». Luego, los restantes «alféreces, batidos y arrastrados por el suelo los velos de las banderas, y los capitanes, arrojadas a tierra o quebradas las jinetas; los sargentos, vueltas al suelo las puntas de las alabardas; los atambores y los pífanos, con lúgubre sonido, todos con pompa fúnebre lloraban al tercio como a difunto».

Otra fuente afirma que los alféreces, «con un coraje terrible» rasgaron las banderas e hicieron pedazos las astas, que «ya no representaban la majestad del rey, nuestro señor, ni se les debía la veneración y custodia en que eran tenidas». Capitanes y sargentos rompieron sus insignias de mando; lo mismo hicieron los músicos con sus instrumentos, «huérfanos y desdeñados».

Así terminó sus días la que fue quizá la mejor unidad de infantería española. El tiempo diría, con los sucesivos motines de los restantes tercios, hasta qué punto esa afrenta pública a tan excelente unidad estaba justificada.

Por de pronto, «la reorganización del Tercio Viejo dio tan gran estampido en los estados de Flandes y ocasión de murmurar como hasta hoy dura... atemorizó los ánimos de los católicos y dio ocasión a los estados rebeldes para hacer fiestas y regocijos, como los hicieron por ver deshechas las fuerzas del Tercio Viejo, que por tan largos años les había enfrenado». Se dijo que en Inglaterra se celebró el suceso. En España causó conmoción la desaparición de una fuerza «que bastaba para atemorizar cuantos ejércitos enemigos había».

La mayor parte de sus hombres pasó al tercio de Bobadilla, rehusando la oferta que se les hizo de integrarse en el de Manrique, por

tener el convencimiento de que el jefe accidental de este, Diego de Ávila Calderón, había sido en gran parte responsable de la disolución, por haber propagado infundios sobre su actitud. Con las banderas que no se habían amotinado, más otros hombres, incluidos supervivientes de la «empresa de Inglaterra», se formaría en 1590 un nuevo tercio, al mando de Alonso de Idiáquez, que, a su vez, sería también suprimido en 1594, para reforzar el de Luis de Velasco.

Al igual que los tercios, las compañías podían ser reformadas. De nuevo, la causa más usual fue la necesidad de completar unidades. Eso sucedió en Flandes, por ejemplo, en 1596, cuando cincuenta y seis compañías recién llegadas se distribuyeron entre los tercios existentes, «dejando arboladas solo doce banderas», lo que significa que únicamente estas doce conservaron su identidad, siendo absorbidas en bloque, mientras que las demás se disolvieron, pasando sus efectivos a engrosar otras veteranas.

También se podían disolver cuando estaban muy cortas de fuerzas. En efecto, tanto desde el punto de vista de la operatividad como desde el económico, era más conveniente tener, por ejemplo, una compañía de cien hombres que dos de cincuenta, entre otras razones porque se ahorraban los gastos de una plana mayor. En 1593 se hizo en los Países Bajos una reforma masiva por este motivo.

Si un tercio era suprimido por una medida punitiva, esta alcanzaba a sus compañías, que desaparecían como tales, aunque sus efectivos se alistasen en otros tercios. La única excepción eran las que habían respetado la disciplina, por ejemplo, no uniéndose a los amotinados, por lo que no eran disueltas, y se incorporaban en calidad de tales a otro tercio, como hemos visto que sucedió en la reforma del que mandaba Leyva. Un caso curioso fue el de una perteneciente al de Cerdeña. Cuando este cometió los desafueros arriba mencionados, uno de los capitanes se encontraba, con permiso, en Italia. Dado que con la reforma Alba había querido castigar a los oficiales por su pasividad, más que a los hombres, dicha bandera se mantuvo, ya que su jefe, al estar ausente, no compartía la culpa de los otros mandos.

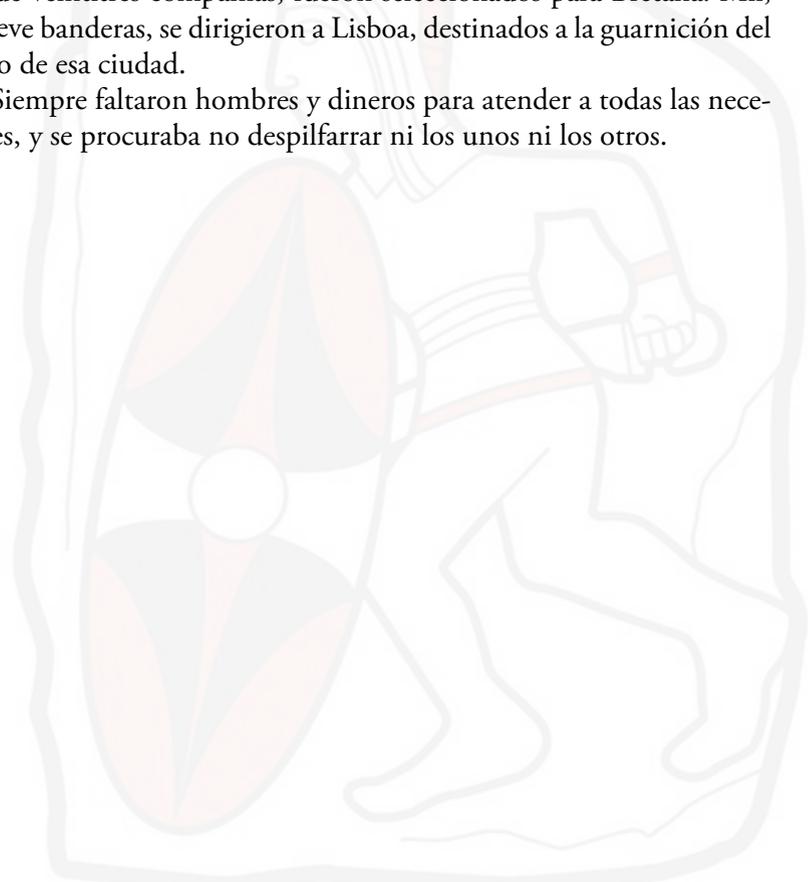
Finalmente, se podía disolver una bandera si no se realizaba la operación para la que había sido organizada, o al término de la misma. Pero incluso en estos casos, y ya que se había incurrido en los gastos de levantarla, era muy común que no se quisiese renunciar a sus servicios, y entonces se la mantenía, asignándole otra misión.

La consigna era conservar a la gente, tanto a escalón de tercio como de compañía, y utilizarla en cualquiera de los teatros de opera-

ciones. Un ejemplo excelente fue lo que sucedió al término de la intervención militar en Aragón, a fines del XVI. Se decidió distribuir de la siguiente manera las unidades que habían participado en la misma. El único tercio completo, el de Messía, se reforzó con compañías sueltas hasta alcanzar los tres mil hombres, y marchó a Flandes. Otro contingente considerable, extraído de veinte banderas independientes, junto con dieciséis de reclutas, partió para Italia. Algo más de dos mil hombres, de veintitrés compañías, fueron seleccionados para Bretaña. Mil, en nueve banderas, se dirigieron a Lisboa, destinados a la guarnición del castillo de esa ciudad.

Siempre faltaron hombres y dineros para atender a todas las necesidades, y se procuraba no despilfarrar ni los unos ni los otros.

DESPERTA FER



EDICIONES

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Si, siguiendo a Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios, habría que considerar los tercios como un instrumento esencial de la política de los Austrias. Macedonia tuvo sus falanges. Roma, sus legiones. Y España, sus tercios. Siempre mal pagados, siempre blasfemando bajo los coletos atravesados por una cruz roja, los tercios enmarcan con sus picas un periodo fulgurante de la historia de España, para acabar muriendo bajo sus banderas desgarradas en una larga agonía en los campos de batalla europeos y, de forma más dolorosa, en la memoria de sus compatriotas. De ahí el colosal aporte historiográfico que supuso la publicación en 1999 de *De Pavía a Rocroi. Los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*, de Julio Albi de la Cuesta, una obra seminal que recuperaba del olvido a «aquellos hombres que fueron tan famosos y temidos en el mundo, los que avasallaron príncipes, los que dominaron naciones, los que conquistaron provincias, los que dieron ley a la mayor parte de Europa».

Desperta Ferro Ediciones reedita este clásico imprescindible e imperecedero que plantea un recorrido por la historia de los tercios, célebres soldados de Infantería de la Monarquía Hispánica, desde sus orígenes y nacimiento en los albores de la modernidad hasta su injustificada transformación con el cambio dinástico a comienzos del siglo XVIII, por su organización, armamento y tácticas, por la vida cotidiana, el espíritu de cuerpo y la disciplina y, por supuesto, por su experiencia de combate ya en los mortíferos campos de batalla, ya en las penosas trincheras de asedio, ya en los traicioneros puentes de las armadas. Y lo hace imprimiendo su sello de marca, dotando a *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles* de vívidas imágenes y detallada cartografía histórica ausentes en la edición original.

ISBN: 978-84-946499-6-7



9 788494 649967

P.V.P.: 24,95 €

**HISTORIA
DE ESPAÑA**